

MÜNSTERLINGEN EN OTOÑO

de

Víctor Vegas © 2017

Web del autor: <http://victorvegas.com/>

Obra para 2 actrices

Copyright © 2017

ADVERTENCIA:

Los derechos de esta obra están protegidos por las leyes de propiedad intelectual en todo el mundo. Todos los derechos para su puesta en escena en teatro, radio, cine, televisión o lectura pública están reservados tanto para compañías profesionales como aficionadas. Los derechos y permisos deben obtenerse a través de:

SGAE / Sociedad General de Autores y Editores

Departamento de Dramáticos

c/Fernando VI, 4. (28004). Madrid, España.

Tel: (+34-91) 3499550

Fax: (+34-91) 3102120

Web: <http://www.sgae.es/>

E-mail: palvarezl@sgae.es

E-mail: vsvegas@gmail.com

R10-0323

Noviembre, 2017

*Al final la verdad se halla en
la obra, la esencia corpórea del
artista. No se deteriora. El
hombre no puede juzgarla. Porque
el arte alude a Dios y, en
última instancia, le pertenece.*

Patti Smith

El niño es el padre del hombre.

William Wordsworth

*Nadie nunca ha pintado,
esculpido, modelado, construido,
inventado, excepto para salir
del infierno.*

Antonin Artaud

Living is easy with eyes closed.

John Lennon

PERSONAJES

LITA Font

SILVIA Schmidt

1. *It Won't Be Long*

SILVIA: Conocí a Lita Font en el otoño de 1980. Quizá no en las mejores circunstancias para que comenzáramos una amistad, pero fue ese el momento en que nuestras vidas se cruzaron. Ella llevaba un par de semanas recluida en la *Psychiatrische Klinik Münsterlingen* cuando yo entré a trabajar allí. Tras una profunda crisis depresiva, sus padres la habían convencido para que se internara. Por entonces Lita era una total desconocida; una artista marginal. Por entonces nadie imaginaba que sus cuadros se cotizarían por las cantidades exorbitantes en que se cotizan hoy. Por entonces nadie daba un franco por ella y mucho menos por su obra. (*Breve pausa.*) En cuanto a mí, ¿qué puedo decir? Era una joven con ambiciones y poca experiencia que, de pronto, de la noche a la mañana, se encontró frente a un reto profesional, y personal, de proporciones mayúsculas. (*Breve pausa.*) Lita era inteligente, observadora, de carácter imprevisible y explosivo. En ocasiones bastante caprichosa y manipuladora. Aunque a primera vista no lo pareciera, poseía una sensibilidad fuera de lo común. También llevaba por dentro una rabia con la que a menudo enfilaba sus baterías contra el interlocutor que tuviera en frente; poco importaba de quién se tratara, si se lo proponía, iba contra él de una manera frontal y punzante como no había visto en ningún otro paciente. Tengo que reconocer que este aspecto de su carácter lo sufrí en carne propia. No recuerdo si fue durante nuestra quinta o sexta sesión, sólo recuerdo que Lita fue particularmente dura conmigo.

2. Devil in Her Heart

*Consultorio de Silvia Schmidt.
Lita Font está fumando junto a la ventana.
Silvia la observa sentada desde su escritorio.*

SILVIA: Retomemos la sesión.

LITA: No he acabado aún con mi cigarro.

SILVIA: Ni siquiera debería dejarte fumar aquí.

*Lita ignora el comentario de Silvia.
Continúa fumando.
Larga pausa.*

SILVIA: Lita, por favor.

*Lita continúa fumando y mirando por la ventana sin
prestarle la menor atención a Silvia.
De pronto, da una última calada a su cigarro, deja
caer la colilla al suelo y la aplasta con lentitud
y mesura bajo el pie.*

LITA: Necesito dibujar; necesito pintar.

SILVIA: Ya hemos hablado de ese tema.

LITA: Entonces me gustaría que volviéramos sobre él una vez más.

SILVIA: La doctora Schnieper...

LITA: ¡Me importa una puta mierda la doctora Schnieper!

SILVIA: ...

LITA: ¿Acaso no eres tú la que ahora lleva mi caso?

SILVIA: La doctora Schnieper es mi superior y no puedo saltármela así como así... Pero, ¿sabes qué? No tengo porque darte explicaciones.

LITA: La doctora Schnieper pertenece a la vieja guardia, tú no.

SILVIA: ¿Qué quieres decir?

LITA: Soy de la opinión de que no compartes sus anticuados métodos para tratarme.

SILVIA: Mejor dejamos esta conversación hasta aquí.

LITA: ¿Te das cuenta de lo que digo?

SILVIA: ¿El qué?

LITA: Si estuvieras de acuerdo con los métodos de la doctora Schnieper, los hubieras defendido.

SILVIA: Te repito que no pienso tratar este asunto contigo.

LITA: Es evidente que en vuestra profesión ella representa el pasado y tú el futuro. ¿Por qué demonios no te llenas del coraje suficiente para desplegar las velas, coger el timón y poner con rumbo al destino que debería ocupar esta disciplina en el nuevo milenio?

SILVIA: Hablemos de ti. Es para lo que estamos aquí.

LITA: Estoy harta de hablar de mí.

SILVIA: Entonces no me dejas otra opción que dar por concluida la sesión.

LITA: No. Espera.

SILVIA: ...

LITA: ¿Qué tal si habláramos de ti, eh? Aunque sea un poco... ¡Sólo un poco! Se me ocurre que pudiéramos charlar sobre esa necesidad tuya, que se te nota a leguas, que te exuda por los poros... Hablemos de tu deseo de romper con las cadenas que te atan a la doctora Schnieper.

SILVIA: (*Tajante.*) Puedes marcharte.

LITA: Eres tan joven... Percibo en ti tanta vitalidad, unas ganas colosales de devorarte el mundo...

SILVIA: ¿No me has escuchado?

LITA: Pero prefieres esconder toda esa ambición, toda esa vitalidad detrás de una fachada de niña correcta en

cuyo escritorio cada cosa ocupa su lugar... ¿Sabes?
No porque hayas nacido en este país estás condenada
a ser sosa y aburrida.

SILVIA: Lita, hemos acabado nuestra sesión de hoy. Por
favor, debes marcharte.

LITA: ¿Nunca has deseado cambiar el mundo?

SILVIA: ¿Cómo?

LITA: Y te aclaro que ni de cerca me refiero a esa
tontería que algunos pregonan por ahí de *construir
un mundo mejor y más justo...* ¡Olvídate de esas
bobadas! Hablo de algo que quisieras hacer por
necesidad o por puro hedonismo, algo por lo que las
generaciones del futuro te recuerden.

SILVIA: ¿Volvemos al tema de la pintura?

LITA: Pintura, escultura, teatro, danza, poesía, música,
parchís, la invención de la bomba atómica... ¡Qué
más da! Algo que te gustara hacer de pequeña y
amaras con locura sobre todas las cosas.

Silencio.

LITA: ¿Y?

SILVIA: No pienso responder.

LITA: ¿Por qué?

SILVIA: Hemos terminado. Puedes retirarte.

LITA: No te pongas borde conmigo. ¿Por qué te niegas a
responder?

SILVIA: Por la sencilla razón que aquí soy yo la que
debería hacer las preguntas.

LITA: No pasa nada si por una vez, sólo por una vez, y
por unos pocos minutos, trasgredimos las reglas del
juego e intercambiamos roles.

Silencio.

LITA: Te prometo que, saciada mi curiosidad, retomaremos
la sesión bajo tus términos.

SILVIA: ¿En serio? ¿Quid pro quo?

LITA: Quid pro quo. En serio. (*Breve pausa.*) ¿Qué era eso que más te gustaba de niña y que de grande creíste que podrías hacer mejor que cualquiera?

Larga pausa.

SILVIA: Seguramente dirás que soy poco original, o que se trata de un truco para librarme de esta situación, pero de niña me gustaba dibujar y pintar y hubiera deseado dedicarme a ambas cosas de adulta.

LITA: ¡Oh, por Dios...!

SILVIA: ¿Qué pasa?

LITA: ¡No hagas eso!

SILVIA: Que no haga qué.

LITA: Me decepcionas. Te consideraba más lista.

SILVIA: ¿Es que no crees que cuando niña me encantaba el dibujo y la pintura?

LITA: ...

SILVIA: Te prometo que era eso y no otra cosa lo que más me gustaba hacer.

LITA: ¿Y por qué lo dejaste?

SILVIA: No siempre podemos hacer realidad los sueños que tuvimos cuando niños.

LITA: No. Lo siento. Esa no es una respuesta que me satisfaga.

SILVIA: ¿Y qué quieres que te diga...?

LITA: ¡Quid pro quo!

SILVIA: ¡Esa es la verdad!

LITA: Una verdad a medias que no me sirve. Tiene que haber más. ¡Piensa!

Silencio.

SILVIA: El color.

LITA: ¿El color?

SILVIA: (*Absorta.*) No me sentía capaz de dominarlo.

LITA: Ah... ¿Ves? Eso está mejor.

SILVIA: Podía *copiar* los colores pero nunca pude *crearlos*.

LITA: ¡Mucho mejor!

SILVIA: Y pienso que en el fondo de esto va la pintura, ¿no es cierto? O al menos creo que es ahí donde reside su esencia.

LITA: Sigue, sigue.

SILVIA: Mis dibujos y pinturas eran correctos, pero carecían de vida.

LITA: ¿Y cómo es que llegaste a esa conclusión?

SILVIA: No lo sé. Sólo sabía que no era así como quería haberlos dibujado o pintado.

LITA: ¿Y no te interesó estudiar? ¿No pensaste que con la ayuda de un maestro mejorarías la técnica?

SILVIA: No se me ocurrió.

LITA: ¡Entonces la pintura no era lo tuyo!

SILVIA: Tal vez no... (*Corrigiéndose.*) ¡Qué digo! Evidentemente no lo era.

LITA: Sois muy aburridos.

SILVIA: ¿Perdón?

LITA: Vosotros los suizos. Sois aburridos.

SILVIA: ¿De qué hablas?

LITA: La mayoría de vosotros cambiáis vuestras pasiones por comodidad. ¡Menudo trapicheo!

SILVIA: No entiendo. ¿A qué te refieres exactamente?

LITA: A que preferís aparcas vuestras emociones en busca de la aprobación de los otros.

SILVIA: ¿Acaso estás hablando de nuestra tradición de convivencia? ¿A eso te refieres?

LITA: ...

SILVIA: Es parte de nuestra cultura. ¿Y qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando?

LITA: ...

SILVIA: Cuando vivimos en sociedad no podemos ser esclavos de nuestras pasiones. Estamos obligados a contener y controlar el primer impulso, al animal que llevamos dentro. El individuo, para convivir con otros en libertad, antes necesita respetar ciertas...

LITA: (*Interrumpiéndola; sardónica.*) ¡Normas! Sí, sí, sí. "Somos esclavos de las leyes para poder ser libres" y bla bla bla...

SILVIA: Te burlas, pero es todo lo que tenemos para convivir en sociedad.

LITA: ¡Pero vosotros os habéis pasado varios pueblos! No hagáis ruido entre tal y cual hora, quitáros los zapatos antes de entrar en casa, no juguéis con los niños en público de tal o cual manera, no seáis irresponsables... ¡Todo para vosotros es una prohibición!

SILVIA: No se trata de prohibiciones sino de simples normas.

LITA: Por ejemplo tú.

SILVIA: ¿Yo? ¿Qué pasa conmigo?

LITA: Eres demasiado conservadora para ser tan joven. Yo a tu edad arriesgaba más, veía el mundo desde una perspectiva más rica y diversa.

SILVIA: ¿Y crees que esa visión más rica y abierta del mundo te ha valido de algo?

LITA: ...

SILVIA: ¿Eres consciente del lugar en el que te encuentras ahora mismo?

LITA: Por supuesto. Estoy en el mismo edificio en el que te encuentras tú.

SILVIA: ...

LITA: Supongo que estarás tentada a decirme que sí, que tengo razón, que nos encontramos en un mismo sitio pero en posiciones diferentes, diametralmente opuestas, y que de las dos soy yo la que ocupa la posición más jodida. Pero ¿es así en realidad?

SILVIA: ...

LITA: Yo he acabado aquí a los cuarenta y nueve y tú en cambio a los... ¿veintiséis, veintisiete años?

SILVIA: Veintiocho.

LITA: Ok. Veintiocho años. ¿No dice eso algo de ti?

SILVIA: Te recuerdo que yo soy la terapeuta y tú la paciente.

LITA: ¡Venga ya! No nos paremos en esos detalles cuando estamos hablando de vivir.

Silencio.

LITA: Imagino que vienes de buena familia. Imagino que desde cría deben haberte enseñado a respetar las reglas, a comportarte como es debido en lugares públicos mientras recibías una educación formal en maravillosas, asépticas y eficientes instituciones educativas. Hasta el día de hoy has cumplido con tu deber de ciudadano ejemplar y ahora tu futuro se vislumbra despejado y prometedor. Tal vez dentro de unos pocos años te cases con un buen hombre, otro joven profesional, encantador y desde luego de buena familia como tú; ambos formaréis un hogar con un par de hijos adorables e igualmente responsables contribuyendo de esta manera a reforzar la idea de la nación perfecta. ¿En qué cantón creciste?

SILVIA: Basilea-Campiña.

LITA: Tus padres deben estar muy orgullosos de ti. ¿Viven todavía?

SILVIA: Sí.

LITA: ¿Los visitas con frecuencia?

SILVIA: Quizás no con la frecuencia que ellos desearían.

LITA: Pues deberías hacerlo. Seguramente te echarán de menos. Para nuestros padres nunca crecemos.

SILVIA: ...

LITA: ¿Llevas mucho tiempo fuera de casa?

SILVIA: Salí de allí a los dieciocho.

LITA: ¡Uf! Pobrecilla. Enfrentada al mundo desde esas edades tan tempranas.

SILVIA: ...

LITA: Aunque, claro, para vosotros los suizos el mundo es un parque de diversiones en el que la diversión está ausente... ¡Prohibida! Juegan los juegos siguiendo a rajatabla las reglas pero sin disfrutar del trayecto. El engaño como estrategia no es una opción que se puedan permitir. En tu país todo luce hermoso, algo artificial para mi gusto, pero hermoso. Se podría decir que tu escritorio es un micro-ecosistema de la sociedad suiza, limpio, ordenado, armonioso, cada cosa en el lugar que le corresponde... ¡Todo es perfecto! Sólo hay un detalle: ¡tanto en tu escritorio como en tu país todo carece de alma!

3. *I Saw Her Standing There*

SILVIA: Aquella sesión no acabó bien. Me asusté tanto con la actitud beligerante de Lita hacia mí que me vi forzada a pulsar el botón de pánico que se hallaba bajo la encimera del escritorio. Enseguida entraron dos celadores y se la llevaron. (*Pausa.*) En la siguiente sesión apenas habló. Por más esfuerzos que hice no conseguí de ella más que un puñado de monosílabos. Lo poco que habíamos avanzado en las sesiones anteriores se fue al garete aquella mañana. De modo que en nuestros encuentros que sucedieron al incidente que acabo de contaros, prácticamente me dediqué a contemplar a Lita desde mi escritorio. La veía de pie junto a la ventana, mirando hacia el exterior entretanto se fumaba un pitillo, y detallaba uno a uno sus múltiples tics. Esos pequeños y no tan pequeños gestos involuntarios que nunca la abandonaban. Porque Lita era la reina de los tics. Los tenía para elegir: la mano que no paraba de tirarle del cabello mientras fumaba, un ojo que se le iba de improviso, espasmos en las cuerdas vocales, repetición de palabras o frases, etcétera. Pero había uno en especial que me perturbaba más que los otros. Cuando te escuchaba con atención, sus manos se movían de una forma peculiar, extraña, como si hubieran cobrado vida propia e intentaran llevar el ritmo de lo que decía su interlocutor; en aquellos momentos sus labios tampoco paraban de moverse sin que se les escaparan apenas sonidos... Aunque más adelante me percaté de que todos estos tics desaparecían mientras pintaba. (*Pausa.*) En vista de este estancamiento, me atreví a proponerle a la doctora Schnieper que le permitiéramos a Lita volver a la pintura. Le expuse que lo haríamos de forma progresiva, a medida que fuéramos logrando avances con ella; sería una especie de estímulo para hacerla salir del aislamiento en el que se encontraba y revertir su negativa a colaborar con el tratamiento. Así lo hicimos y poco a poco conseguí ganarme de nuevo su confianza.

4. *Help!*

Consultorio de Silvia Schmidt.

Lita Font, de pie, mira por la ventana.

Silvia está recostada sobre el escritorio; escucha a Lita con atención y de tanto en tanto toma apuntes en una pequeña libreta.

LITA: Me ha gustado el mar desde que era una cría. El sonido del mar. Esa melodía que interpretan las olas al romper contra la orilla suele ser contundente como un grito o sutil como un murmullo. (*Breve pausa.*) En ocasiones ese sonido es tan necesario para mí como escuchar de tanto en tanto cualquiera de las sinfonías de Mahler. (*Breve pausa.*) A veces, cuando me detengo aquí a mirar por la ventana, imagino que el lago que se ve ahí abajo es el mar y eso me tranquiliza.

SILVIA: ¿Y en Berlín? ¿Cómo hacías para aplacar tu nostalgia por el mar en Berlín?

LITA: Berlín. Allí tampoco hay mar. Desde hace cincuenta años los berlineses se engañan a sí mismos y en verano corren a tenderse bajo el sol en la arena de las playas de Wannsee, pero eso no es ni remotamente parecido al mar. (*Breve pausa.*) En Berlín, cuando siento que me asfixio, meto unas tres mudas de ropa en la mochila y cojo con rumbo a Boltenhagen; he llegado allí hasta en autostop.

Silencio.

SILVIA: ¿Recuerdas tu primer contacto con el mar?

Lita reflexiona.

Pausa.

LITA: Tenía cuatro años. Fue antes de que todo empezara...

Silencio.

SILVIA: ¿Antes de que empezara qué?

Silencio.

SILVIA: Lita: ¿qué fue lo que empezó después de que vieras el mar por primera vez a los cuatro años?

Lita saca un cigarro y un mechero de la cajetilla que tiene en la mano.

Se lleva el cigarro a los labios e intenta encenderlo, pero al final no lo hace.

Pausa.

LITA: Recuerdo que el mar era inmenso y oscuro. Me excitaba y a la vez me producía terror. Madre me llevaba cogida de la mano. Cuando nos acercamos más, y el agua por fin mojó mis pies —estaba fría, muy fría el agua—, solté la mano de madre y me abracé fortísimo a una de sus piernas. Ella bajó la mirada hacia mí, me acarició la cabeza, sonrió y dijo: “no pasa nada”.

SILVIA: Hablas de tu madre biológica, ¿no es cierto?

LITA: A pesar de ser el mismo Mediterráneo, en verano, las aguas de Fuengirola y Barcelona son muy distintas entre sí. Las de Barcelona suelen ser más cálidas que las de Fuengirola.

SILVIA: ¿Fuengirola? ¿Has dicho Fuengirola? ¿Dónde queda Fuengirola?

Silencio.

LITA: *(Tras mirar la cajetilla de cigarros.)* Sobre los paquetes de tabaco debería imprimirse poesía, ¿no te parece?

SILVIA: ¿Perdón?

LITA: Poesía. Poesía breve. Un haiku, por ejemplo.

SILVIA: ...

LITA: *Mil pequeños peces blancos
Como si hirviera
El color del agua*

SILVIA: ...

LITA: O este otro, de Basho:

*¿Es primavera?
La colina sin nombre
se perdió en la neblina*

Pausa.

Hermoso, ¿verdad?

SILVIA: Ambos son hermosos.

LITA: El primero lo compuso Konishi Raizan... (*Breve pausa.*) ¿Por qué he dicho *lo compuso* en lugar de decir *lo escribió*? (*Breve pausa.*) La poesía me hace pensar siempre en música. ¿Te gusta la música, Silvia?

SILVIA: Claro.

LITA: Yo solía poner música mientras trabajaba en mi taller-piso de Berlín. Todo el rato. Bach, Chopin, Dvořák, Schumann, Liszt, Shostakóvich... A las pinceladas que iba dejando sobre la tela con frecuencia le imprimía el ritmo de la música que escuchaba en ese instante.

SILVIA: ...

LITA: (*Tras mirar de nuevo la cajetilla.*) O quizá sobre los paquetes de tabaco pudiera imprimirse cuadros de pintores célebres... ¿Qué te parece? Incluso de pintores desconocidos como yo. Sería una buena manera de promocionar nuestra obra. (*Sombría.*) Siempre y cuando yo me hubiera preocupado por construir una, desde luego.

SILVIA: ¿Acaso no cuentas con *una obra*?

LITA: (*Tajante.*) Todo artista, para considerarse como tal, debe contar con una obra.

SILVIA: Entonces, ¿por qué has dicho que no te habías preocupado por *construir* una?

LITA: La tuve, la tuve.

SILVIA: "¿La tuve?"... ¿Así? ¿En pasado?

LITA: La tuve, la tuve.

SILVIA: ¿Qué pasó? ¿Qué hiciste con ella?

Silencio.

SILVIA: ¿Lita...?

LITA: El impulso de destruir es también un impulso creativo.

SILVIA: ¿Perdón?

LITA: Un artista tiene derecho a destruir todo aquello que ha creado y no le satisfaga.

SILVIA: ¿Debo entender que has destruido *todo* lo que has pintado? ¿Es eso lo que intentas decirme?

LITA: "La enseñanza académica de la belleza es falsa. Se nos ha engañado tanto, que ya no se puede volver a encontrar ni la sombra de una verdad. Las bellezas del Partenón, las Ninfas, los Narcisos, todo eso es mentira. El arte no es la aplicación de un canon de belleza, sino aquello que el cerebro y el instinto conciben independientemente de ese canon".

SILVIA: ...

LITA: Eso se lo dijo Picasso a Christian Zervos en 1935, durante una entrevista.

SILVIA: ¿Y qué es lo que quieres darme a entender citándome esa declaración de Picasso?

LITA: ¿No está claro?

SILVIA: No para mí.

LITA: Que yo aún no he conseguido dar con la belleza que busco, la que deseo para mis cuadros.

Silencio.

SILVIA: ¿Y no se te ha ocurrido pensar que pudiera ser algo más sencillo?

LITA: ¿Cómo?

SILVIA: Que seas demasiado perfeccionista.

LITA: (Ríe.) La perfección no existe. (Seria.) Pero tampoco hay que tener miedo de buscarla.

Silencio.

SILVIA: ¿Consideras que tienes suficiente talento para la pintura?

LITA: ¡Lo tengo!

SILVIA: Y tus profesores y compañeros, y el público en general, ¿también pensaban que lo tenías?

LITA: La opinión de los demás siempre me ha valido una puta mierda. Me cuesta entender la importancia que para algunos parece tener el reconocimiento que hagan o no de tu talento. Yo pienso que para un artista lo importante es la creación en sí, el puro hecho y el proceso mismo de crear, ese momento en el que estás a solas con el universo, en el que te aproximas a Dios... Pienso que el devenir de la obra de un artista es cuestión secundaria, y que la fama, la admiración o la curiosidad que genera su obra en la gente, etcétera, son en el fondo cosas más bien inevitables que deseadas por él. Y que conste que aquí me estoy refiriendo a un artista, a un verdadero artista.

SILVIA: ...

LITA: Al fin y al cabo un artista no es lo que sueña ni lo que pretende sino lo que hace.

5. *The Long and Winding Road*

SILVIA: En aquella sesión sentí que me había acercado a Lita como nunca antes. Creo que ella también se percató de esto y, a partir de cierto momento, decidió retornar a su zona de confort. (*Breve pausa.*) Lita era adoptada. En su historial clínico ponía que una familia catalana, de la burguesía de Barcelona, se había hecho cargo de ella cuando tenía diez años. Durante nuestras sesiones solía hablar muy poco de su familia adoptiva y muchísimo menos, o prácticamente nada, de la biológica. No era muy dada a conversar sobre personas de su círculo más próximo. En cambio prefería sostener largas disquisiciones sobre tal o cual movimiento cultural o artístico. (*Breve pausa.*) A veces se comportaba como si odiara el mundo, como si no soportara eso que hay entre el nacimiento y la muerte y no tenía problema en demostrárselo a quien se hallara cerca. Sin embargo, todo esto cambiaba cuando estaba frente a un trozo de papel o un lienzo en blanco. En ese instante se olvidaba de todo y se centraba sólo en dibujar o pintar; el universo se reducía a aquel pequeño espacio y daba la sensación de que, para ella, entre colores y texturas, un singular Dios había empezado a cobrar vida... (*Breve pausa.*) En cierta ocasión me confesó que le gustaría hacerme un retrato, que si me atrevía a posar para ella. "Siempre y cuando no te abstraigas totalmente del mundo y conversemos mientras me pintas", le respondí. Ya había pensado en que algunas de nuestras sesiones se llevaran a cabo en otro sitio distinto y menos condicionante que mi despacho; me pareció una estupenda idea que me propusiera posar para ella. Hablé con la doctora Schnieper y, en vista de los avances que estaba consiguiendo con la paciente, estuvo de acuerdo en que acondicionáramos una habitación de la clínica como improvisado taller para Lita.

6. *I'm a Loser*

Improvisado taller de Lita Font en la Psychiatrische Klinik Münsterlingen.

Silvia posa para Lita mientras que esta trabaja en su retrato; apenas se le ve detrás del enorme bastidor que la oculta.

SILVIA: ¿Qué edad tenías?

LITA: Treinta.

SILVIA: No es mala edad para participar en tu primera exposición colectiva.

LITA: Era ya una anciana para algunos.

SILVIA: ¿Y fue en...?

LITA: Berlín.

SILVIA: ¿Berlín Occidental?

LITA: Berlín Occidental.

SILVIA: ¿Qué año?

LITA: El mismo en que se levantó el muro.

SILVIA: 1961. ¿Qué expusiste?

LITA: ¡No te muevas!

SILVIA: (*Dejando de posar.*) A ver, Lita, me prometiste que conversaríamos mientras yo posaba para ti, pero llevamos casi dos horas en esto y, la verdad, de conversar, de lo que se dice conversar, ha sido más bien nulo.

Breve pausa.

LITA: Vale. ¿De qué te gustaría que habláramos?

SILVIA: De los detalles de aquella primera exposición en la que participaste, por ejemplo. No sé. Qué tipo de obra expusiste, cómo te sentiste siendo parte de esa muestra, cuál fue la reacción del público...

LITA: Y si charlamos un rato de estas cosas, ¿te quedarías quieta y calladita el resto de la sesión?

SILVIA: Te lo prometo.

Lita deja de pintar y sale de detrás del caballete. Lleva un delantal lleno de manchas de colores y limpia en un trapo sucio un par de pinceles.

LITA: Se trataba de una instalación.

SILVIA: ¿El qué?

LITA: La obra que expuse: la primera instalación inmersiva que realizaba en mi vida.

SILVIA: ¿Y en qué consistía?

LITA: Llené con falos hechos de trapo, y pintados con lunares rojos, el suelo de una habitación forrada de espejos.

SILVIA: ¿Falos?

LITA: Pollas, penes, miembros viriles...

SILVIA: ¿En serio?

LITA: Aquel mar de falos de trapo con pintas rojas atrapaba al visitante en un espacio con un punto *naïf* e infinito.

SILVIA: ...

LITA: Y fue apenas el comienzo... Esa instalación inauguró una etapa de mi carrera en la que pegaba falos con lunares a sofás, mesas, barcas de remos, coches, ropa de segunda mano...

SILVIA: ¿Y los visitantes? ¿Cómo reaccionaba la gente al interactuar con ella?

LITA: Era inicio de los sesenta... ¡Por supuesto que hubo personas que se escandalizaron! Pero los más jóvenes se la tomaron como algo jocoso y divertido e incluso hubo movimientos feministas que hablaron de mi obra como "una crítica mordaz a la sociedad machista en la que vivimos".

SILVIA: (*Vacilante.*) Lo siento. Me vas a tener que perdonar, pero a mí el arte conceptual...

LITA: No te gusta.

SILVIA: (*Niega con la cabeza.*)

LITA: No tienes por qué disculparte. Te entiendo. Creo que entre el urinario de Duchamp y la *Mierda de artista* de Piero Manzoni el arte conceptual dio todo lo que tenía que dar de sí. A partir de allí el movimiento no ha hecho más que dar bandazos insustanciales con alguna que otra rescatable excepción. ¡Y repetirse! Repetirse una y otra vez. (*Breve pausa.*) Yo misma abandoné el arte conceptual hacia finales de los sesenta.

SILVIA: ¿Qué te llevó a pintar?

Lita reflexiona.
Pausa.

LITA: Cuanto cumplí catorce, como regalo de cumpleaños, mis padres me llevaron a conocer el Museo del Prado. Ellos eran amantes de las artes y querían que yo, al igual que ellos, aprendiera a apreciar la obra de grandes artistas. ¿Y qué lugar más idóneo para iniciarme que el Prado? ¡Fue el mejor regalo que nadie me haya hecho jamás! Aquella experiencia, aquella "inofensiva" visita al Prado marcaría para siempre lo que en adelante iba a ser mi vida. Al salir del museo sabía que lo único que quería era dedicarme a la pintura.

SILVIA: Sí que te impactó aquella visita.

LITA: (*Embelesada.*) Una explosión de colores como no había visto nunca... Recuerdo que no quería marcharme de allí. Hasta estuve a punto de echarme a llorar como una chiquilla cuando mis padres me dijeron que era hora de irnos.

SILVIA: ¡Vaya por Dios!

LITA: El Bosco, Rafael, Durero, Rubens, El Greco... Brueghel el Viejo, Juan de Flandes, Rogier van der Weyden... Goya, Velázquez, Sorolla, Mariano Fortuny... ¡Quería grabarme en la cabeza cada

detalle de sus pinturas para luego repasarlas una y otra vez en mi imaginación y no olvidarlas jamás!

SILVIA: Supongo que durante esa visita habría momentos en los que te ganaba la ansiedad y no sabías frente a qué cuadro detenerte o a cuál dedicarle más tiempo... Suele pasarnos a todos.

LITA: A veces me quedaba paralizada, casi sin respirar, frente a un determinado cuadro. No recuerdo cuánto tiempo pasé de pie observando *El jardín de las delicias*. Mis padres y yo habíamos acordado separarnos y reencontrarnos después, en un lugar y a una hora señaladas, para poder movernos con libertad sin que los gustos y las prisas de los otros dos nos condicionaran. Fue una gran idea porque así pude moverme a mis anchas. *El jardín de las delicias* es una pintura que aún hoy, cuando estoy frente a ella, tras haberla revisitado un millar de veces, aún hoy, descubro admirada algún nuevo detalle que me sorprende.

SILVIA: También está entre mis favoritas.

LITA: Ha sido uno de los cuadros más influyentes en la historia del arte. Te confieso que con el correr de los años he aprendido a valorar más y más esta pintura de El Bosco. No me cansaría de mirarla.

SILVIA: Te comprendo.

Pausa.

LITA: A lo largo de mi vida, y en diferentes etapas, después de aquel primer contacto con el Prado he vuelto a visitarlo en innumerables oportunidades. Cuando dominé la técnica y empecé a pintar más o menos bien, mis padres solían enviarme largas temporadas a Madrid con la única intención de visitar el museo a diario y gastarme en sus distintas salas la mayor parte de las horas del día, bien para detallar mis cuadros favoritos o, en cambio, para hacerles algún tipo de estudio que me interesara en aquel momento.

SILVIA: Así que tus padres te apoyaron desde muy temprano con tu pasión por la pintura.

LITA: Desde el principio.

SILVIA: ¿Por qué entonces vives alejada de ellos?

Silencio.

SILVIA: Lita, ¿qué es lo que te ha hecho alejarte de tus padres?

LITA: Imagina querer a alguien de manera incondicional... Ser amable y generoso de forma constante con una persona y que esa persona te devuelva desprecio, paranoia y destrucción casi todo el rato.

SILVIA: ...

LITA: Es como si rescataras de un refugio a un perro apaleado que te lo agradece atacando a tus hijos y cagándose en la moqueta un día sí y el otro también.

SILVIA: ¿Es eso lo que tú has hecho con tus padres? ¿Por este motivo te has alejado de ellos?

Silencio.

SILVIA: ¿Lita...?

LITA: ¿Sabes cuál es la cosa que más anhele en la vida?

SILVIA: ¿Cuál?

LITA: Corresponder un día a la generosidad de mis padres.

SILVIA: No es demasiado tarde; si lo deseas, podríamos empezar a trabajar ahora mismo en esa dirección.

LITA: Porque nunca he conseguido acabar nada, como sé que a ellos les hubiera gustado. ¡Nunca he acabado nada! ¡Ni estudios, ni cuadros, ni una puta mierda!

SILVIA: Son tus padres y continuarán apoyándote como lo han hecho hasta ahora sin importar lo que hagas o dejes de hacer.

Silencio.

LITA: Dejémoslo hasta aquí. No quiero continuar. Me siento cansada.

SILVIA: ¿Pero lo has acabado?

LITA: ¿El qué?

SILVIA: Mi retrato. ¿Has conseguido terminarlo?

LITA: Ah. No. Todavía no.

SILVIA: Aun así, ¿puedo echarle un vistazo?

LITA: Por supuesto. Adelante.

Silvia se levanta y camina hasta el caballete en el que reposa el bastidor en el que había estado trabajando Lita.

Pausa.

SILVIA: ¡Guao! Es... ¡Es sencillamente impresionante!

LITA: ¿Te gusta?

SILVIA: ¡Me encanta! ¡Es una maravilla!

LITA: Ya.

SILVIA: Quizá sea un atrevimiento de mi parte, pero...
¿Podría quedármelo cuando lo acabes?

LITA: ¿Lo quieres?

SILVIA: ¡Naturalmente!

LITA: ¿De veras?

SILVIA: Ahora mismo no deseo otra cosa.

LITA: Entonces cógelo.

SILVIA: ¿Me lo regalas? ¿En serio? Pero, ¿no piensas terminarlo antes?

LITA: No.

SILVIA: ¡No importa! ¡Para mí está perfecto tal como está!

LITA: Supongo.

SILVIA: ¡Muchísimas gracias!

Cogiendo el bastidor en sus manos.

LITA: Espera.

SILVIA: ¿Qué?

LITA: Sólo permíteme que le ponga mi firma.

SILVIA: Ah, claro. Desde luego.

Lita coge el bastidor que le ofrece Silvia y, con furia, con un certero y contundente golpe, atraviesa la tela del bastidor con su puño. Después le devuelve el bastidor roto a Silvia. Silvia no sale de su asombro.

LITA: Es todo tuyo.

7. *Tomorrow Never Knows*

SILVIA: Una suerte de artista de lo efímero. Eso era Lita. Con casi cincuenta años cumplidos apenas podía contar con un puñado de obras acabadas en su ya prolongada trayectoria como artista plástico. Entre ellas, dos instalaciones de cuya existencia daban fe los catálogos de las muestras colectivas que las habían acogido y unos recortes de prensa que su madre adoptiva conservaba en álbumes fotográficos, puesto que las obras originales se habían extraviado tras desmontar dichas exposiciones. (*Breve pausa.*) Una de esas obras era la instalación forrada de espejos y de falos con lunares rojos, y la otra, una que había realizado en la primavera de 1967 para exponer junto a otros jóvenes artistas en un galpón abandonado y como protesta a la guerra de Vietnam. En esta segunda instalación Lita se las había ingeniado para construir una figura que, de acuerdo con el ángulo en el que se ubicara el espectador, bien podía apreciarse una pistola o un tiburón. La polémica de esta obra se basó en que estaba construida con armas de fuego de diferentes calibres y tamaños que colgaban del techo con hilos de nailon. (*Breve pausa.*) Mi relación con Lita durante aquellos meses en que estuve tratándola fue siempre tirante. O al menos lo fue en gran parte del tiempo. En ese lapso, cuando en algunas ocasiones creía estar más cerca de ella, segundos después constataba que todavía me faltaba un buen trecho para derribar el muro que nos separaba y ganarme de verdad su confianza, paso sin duda imprescindible que me permitiría descubrir lo que escondía detrás de su postura de rebeldía y autodestrucción. Sin embargo, hubo un hecho fortuito a partir del cual las cosas entre nosotras cambiaron y pude conocer entonces una parte importante de su pasado. Una parte importante, sórdida y dolorosa de su pasado. Aquel día Lita volvió a sorprenderme.

8. Do You Want to Know a Secret?

Consultorio de Silvia Schmidt.

Lita fuma junto a la ventana.

Silvia está de pie frente a su escritorio.

SILVIA: La gente no para de hablar de otra cosa en lo que va de mañana.

LITA: Ahora mismo debe ser noticia de primera plana en todo el mundo.

SILVIA: En la radio, en la parada, en el autobús, mientras caminaba hacia acá... ¡Todos no hacen más que hablar de la muerte de John Lennon!

Lita se vuelve y observa a Silvia.

Breve pausa.

LITA: ¿Son cosas mías o a ti la noticia parece haberte afectado más de lo normal?

SILVIA: ¡Me siento fatal! ¡Desolada! Siento como si me acabaran de anunciar la muerte de alguien muy cercano y querido.

Silencio.

LITA: Lennon era el más carismático de los Beatles.

Se deshace del cigarro y lo aplasta con el pie.

SILVIA: ...

LITA: Y a la vez, para muchos, el más incómodo y políticamente incorrecto.

SILVIA: ...

LITA: De las carreras en solitario que emprendieron los ex Beatles tras su separación, no me cabe duda de que la suya ha sido la más interesante. Creativamente hablando fue el que más riesgos asumió.

SILVIA: Yo tengo todos sus discos. Apenas un par de semanas atrás había comprado *Double Fantasy*...

LITA: Son las ironías de la vida que más cuestan encajar. Luego de un período alejado de los escenarios y de los estudios de grabación, Lennon decide por fin abandonar su retiro voluntario y retornar a la vida pública lanzando un nuevo álbum y ni siquiera le da tiempo de promocionarlo debido a que, uno de los tantos enajenados que andan sueltos por ahí, va y le pega cuatro tiros por la espalda justo frente al portal de su casa.

SILVIA: ¡Asesinado frente al portal de su propia casa!

LITA: Como para que su familia no lo olvide jamás.

SILVIA: ¡Qué horrible! Pobre Yoko y pobre Sean.

Pausa.

LITA: Es curioso. Todas las ideologías y religiones del mundo están sustentadas sobre millones de cadáveres; en cambio, un artista, para dar a conocer su obra, no necesita atropellar ni matar a nadie. Sin embargo, cualquier artista está igualmente expuesto a morir a manos de un enajenado como le ha sucedido a Lennon.

Pausa.

LITA: Yo los vi actuar en Hamburgo.

SILVIA: ¿El qué?

LITA: A los Beatles.

SILVIA: ¿En serio? ¿Los viste tocar en directo?

LITA: Pero por entonces no eran cuatro sino cinco. ¡Y desde luego Starr no era uno de ellos!

SILVIA: ¿Unos Beatles de cinco miembros y sin Ringo Starr? Cuesta imaginárselo.

LITA: No todo es como creemos que ha sido siempre.

SILVIA: ¿Y cuándo fue eso? ¿Cuándo los viste actuar en Hamburgo?

LITA: En septiembre de 1960. En un local llamado Indra Club. Yo me hallaba en esa ciudad visitando a unos amigos y por la noche nos metimos en aquel tugurio porque prometía música en directo sin parar.

SILVIA: ¡Qué afortunada!

LITA: La verdad es que acabamos ahí por pura casualidad.

SILVIA: Viste tocar en directo a los Beatles antes de que realmente fueran los Beatles.

LITA: No. Te equivocas. Ya eran los Beatles. Lo que vino después se podía de algún modo intuir a través de los temas que tocaron aquella noche.

SILVIA: ¿De veras?

LITA: Bueno. Rectifico. Al menos se podía intuir la música que harían en los próximos cinco años, hasta 1965... Porque lo que empezaron a hacer a partir de ahí nadie podía imaginárselo... Creo que ni siquiera ellos mismos.

SILVIA: Padre dice que los Beatles son la verdadera gran revolución de este siglo. Que lo trastocaron todo. Ningún otro artista había conseguido tener tanta influencia dentro y fuera de la música como ellos.

LITA: Creo que los Beatles son a la música lo que Picasso es a las artes plásticas; y si *Las señoritas de Avignon* significó un antes y un después en las artes visuales, *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band* también representó un hito en la manera de hacer y sobre todo de entender la música.

Silencio.

SILVIA: Yo los escuché por primera vez gracias a mi padre.

LITA: ¿Tú junto a tu padre escuchando los Beatles? ¡Qué estampa tan conmovedora!

SILVIA: Era el otoño del sesenta y tres. Tenía once años.

LITA: Hermosa edad para empezar a escuchar a los Beatles.

SILVIA: Padre se había hecho fans de la banda de tanto oír sonar sus canciones en la radio. Aquella tarde, en

el salón de nuestra casa, me hizo escuchar uno tras otro sus dos primeros discos.

LITA: *Please Please Me* y *With The Beatles*. ¿Te gustaron?

SILVIA: ¡Me encantaron!

LITA: Esos dos discos estaban llenos de canciones con melodías pegajosas y letras sencillas y ligeras, de estribillos fáciles, pero nadie puede poner en duda que no estaban cargados de vida.

SILVIA: Llegué a aprenderme de memoria la letra de muchas de aquellas canciones.

LITA: ¡Y yo!

SILVIA: Padre y yo solíamos cantarlas juntos y a veces hasta nos animábamos a bailarlas. Recuerdo que nos cogíamos de las manos y empezábamos a mover nuestras caderas, pies y cabezas intentando seguirle el ritmo a *Twist and Shout* o a *I Saw Her Standing There*. A menudo madre se nos unía y entonces convertíamos el salón en una pista de baile. (*Nostálgica.*) Cuando rememoro esos momentos echo de menos a mis padres, a mi casa...

LITA: *You'll never know how much I really love you...*

SILVIA: ¿Qué?

LITA: ¡Venga! ¡Canta conmigo!

SILVIA: Pero...

LITA: Te sabes la letra, ¿no?

SILVIA: Por supuesto.

LITA: Entonces, venga, ¡canta!:

You'll never know how much I really love you.

SILVIA: *You'll never know how much I really care...*

Cantan juntas Do You Want to Know a Secret?, a capela, desafinando y olvidándose de alguna que otra parte de la letra.

Después de acabar de interpretar la canción, se produce un largo y relajante silencio.

LITA: Te envidio por tener esos bonitos recuerdos de tu infancia.

SILVIA: ¿Y acaso no los tienes tú?

LITA: Mi infancia fue muy distinta a la tuya.

SILVIA: Pero la otra vez me contabas...

LITA: Los Font representan sólo una parte de mi infancia. Una parte importante, desde luego, pero al fin y al cabo sigue siendo sólo una parte.

SILVIA: ¿Podrías hablarme entonces sobre esa otra parte de tu infancia en la que no existían los Font?

Lita busca la cajetilla de cigarros, nerviosa, va hacia la ventana.

Prende un pitillo y fuma.

Pausa.

LITA: Nací en Fuengirola, una localidad de la provincia de Málaga, al sur de España.

SILVIA: En la Costa del Sol.

LITA: Así es. A orillas del Mediterráneo. Mis padres biológicos provenían de familias de pescadores. Éramos pobres y por desgracia la guerra civil vino a profundizar aún más aquella pobreza. *(Breve pausa.)* Un buen día padre, abuelo y tío, los hombres de casa, se vieron obligados a marchar al frente de batalla y las mujeres quedamos solas.

SILVIA: ¿Cuántos años tenías?

LITA: Cinco. *(Breve pausa.)* Meses después, con una pierna destrozada, tío volvió a casa.

SILVIA: ¿Tío por parte de...?

LITA: Materno... Era mi tío materno.

SILVIA: Vale.

LITA: Padre y abuelo en cambio no regresaron jamás.

Silencio.

LITA: Con el paso de los días y los cuidados de madre y abuela, tío poco a poco fue recuperándose y, aunque con ayuda de unas muletas primero y de un bastón después, se puso en pie y caminó otra vez.

SILVIA: Sería un alivio para tu madre y tu abuela tener de nuevo a un hombre en casa; lo digo por la época, y encima en medio de una guerra...

LITA: Al principio tío se mostró atento y cariñoso conmigo. Me dedicaba tiempo, hablábamos y jugábamos todo el rato... En aquellos primeros momentos representaría para mí la figura del padre que se hallaba ausente, la incuestionable figura masculina de casa... Pero poco después todo cambió.

SILVIA: ¿Qué ocurrió?

LITA: Empezó a tocarme de una manera que no podía entender y que me dejó completamente descolocada.

SILVIA: (*Asombrada.*) ¿Abusó de ti?

LITA: (*Indignadísima.*) ¡¿"Abuso"?! ¿En serio? ¡¿"Abuso", has dicho?! ¿Crees que esa sea la palabra correcta?

SILVIA: Perdona, no quise...

LITA: Porque creo que "violación" es más adecuada para describir lo que me ocurrió.

SILVIA:...

LITA: "Abuso". Menuda palabreja... ¡"Violación"! ¡"Violación" es la palabra correcta! Abusar es tratar mal o aprovecharse de alguien, en cambio que un hombre de cuarenta toquetera a una niña de cinco y la obligue a rendir pleitesía a su polla no debería jamás considerarse abuso.

SILVIA: ...

LITA: Además, lo mío se trató de una violación con ensañamiento que se prolongó durante años...

SILVIA: ...

LITA: De un día para otro pasé de ser una niña que estaba llena de vida, que jugaba, bailaba y reía, a pesar de las limitaciones de su entorno, a ser una nulidad, una autómatas de pies de cemento. Sentí que todo a mí alrededor se derrumbó. Aquello significó para mí una conmoción inmediata, como si hubiera ido andando por un camino soleado, en una mañana de verano, y de pronto se abriera un socavón bajo mis pies y me hubiera precipitado en un mundo helado.

SILVIA: Y tu madre y tu abuela ¿no se percataron? ¿No se dieron cuenta de que algo extraño pasaba contigo?

LITA: Mi madre y mi abuela... ¡Pobrecillas! No se dieron cuenta de nada o no quisieron darse cuenta de lo que ocurría. No las culpo. Al fin y al cabo era *su* hermano y *su* hijo el que estaba haciéndome todo aquello. ¿Cómo desconfiar de la propia sangre? ¿Cómo recelar de aquellos que están allí para protegernos?

SILVIA: ¿Fue por eso que huiste de tu familia biológica?

Silencio.

LITA: A partir de aquel momento la parte que conocía de mí pasó a ser asquerosa, objetivamente distinta. Entonces comencé a gestionar mi vida desde una posición según la cual yo, y sólo yo, soy culpable de todo lo que desprecio de mí.

SILVIA: No deberías...

LITA: Es evidente que si mi tío pudo hacerme aquellas barbaridades fue sólo porque yo era —y continuó siéndolo— intrínsecamente mala, mala a nivel celular. ¿Qué otra explicación puede dársele?

SILVIA: ...

LITA: Y todo el conocimiento, toda la comprensión y la amabilidad del mundo no bastarán para cambiar, jamás, el hecho de que ésa es mi verdad. Que siempre lo ha sido. Que siempre lo será. ¡Soy mala, detestable, y me merezco al cien por ciento cada una de las horribles cosas que me han sucedido a lo largo de la vida!

SILVIA: No eres mala y en absoluto eres culpable de cuanto te sucedió en la infancia. Tienes que sacarte eso de la cabeza.

Largo silencio.

LITA: La vergüenza.

SILVIA: ¿Perdón?

LITA: Me preguntaste qué me había hecho huir de mi familia biológica y yo te respondo que fue a causa de la vergüenza.

SILVIA: ...

LITA: Cuando cumplí diez años y fui más consciente de todo cuanto me estaba pasando, me fue imposible volver a mirar a la cara a madre o a la abuela. Ni siquiera podía soportar estar en la misma habitación en la que ellas dos se encontraban. Por eso hui de casa.

SILVIA: A Barcelona.

LITA: A Barcelona.

SILVIA: ¿Por qué Barcelona?

LITA: Porque había escuchado que allí las cosas iban mejor. Allí y en Madrid. Pero también me enteré de que en Madrid no había mar.

SILVIA: ¿Y cómo es que una niña pequeña y sola consiguió arribar a Barcelona desde Fuengirola?

LITA: No lo sé. (*Breve pausa.*) Hay pasajes de mi vida que sé que he vivido pero que me son imposibles de recordar. Miro el pasaporte y sé que he estado en ciertos sitios... Veo a gente que asegura conocerme, a veces hasta conocerme muy bien... ¡Y yo no puedo recordar que he estado en esos lugares o que conozco a esas personas!

SILVIA: Se llama disociación.

LITA: ¿El qué?

SILVIA: El motivo por el cual no recuerdas muchas de las cosas que has vivido se debe a un proceso de disociación. Trastorno disociativo de la personalidad, se le llama.

LITA: (*Irónica.*) Ah, muy bien. Gracias por informármelo. Me tranquiliza saber que al menos tenéis nombre para una de las tantas cosas que me joden.

9. *Getting Better*

SILVIA: Al final de aquella sesión en la que Lita me desveló su secreto, supe que el muro que hasta entonces se interponía entre ambas había por fin caído. Aunque tengo que confesar que también en aquel momento era consciente de que había traspasado los límites que deben existir y respetarse entre paciente y terapeuta. Pero no me importaba. Si esto significaba poder acercarme más a Lita y ayudarla a superar sus traumas, bien habría merecido la pena. (*Breve pausa.*) A través de las posteriores sesiones que tuve con ella descubrí que la palabra GUERRA era la que mejor describía su vida cotidiana. Lita sentía amenazas por todas partes. Jamás podía relajarse. Cogía todo lo que podía, siempre que podía, porque le aterraba que no estuviera disponible al día siguiente: comida, sexo, dinero, alcohol, drogas. Por muchísimo tiempo funcionó a base de una mezcla de adrenalina y terror. Sus principios morales los había enviado al quinto pino y las convenciones sociales no existían para ella. Sobrevivir. Sobrevivir a cualquier precio. Esa era su máxima y su más preciada meta. Me contó que recién llegada a Barcelona, antes de que los Font la encontraran vagando por las calles de la ciudad y decidieran adoptarla, le había hecho una felación a un hombre mayor, un total desconocido, a cambio de que este le comprara comida. Y fue ella la que se lo propuso a él y no al revés. Después se había ido lamiendo un helado tan contenta. (*Breve pausa.*) En sus épocas oscuras ni familiares ni amigos significaban nada para Lita; las personas pasaban a ser sólo un medio con el cual conseguir ciertas cosas: dinero, compañía o consuelo; y cuando había cumplido ese objetivo, cuando sentía satisfechas sus pulsiones, pasaba a otro asunto. (*Breve pausa.*) En vista de todo esto, a cierta altura de la terapia, le hablé sobre el perdón y de la necesidad de que empezáramos a trabajar en él.

10. *Ask Me Why*

Consultorio de Silvia Schmidt.

Lita está sentada en la butaca; Silvia a su escritorio. Una frente a la otra.

LITA: Escribir cartas para pedir perdón.

SILVIA: En un principio deben ir dirigidas a las personas a quienes creas que has hecho daño. Después, en una siguiente fase, tendrás que escribirlas para perdonar a quienes te hayan hecho daño a ti.

LITA: Pero no tendré que enviarlas, ¿verdad?

SILVIA: No, no será necesario que envíes ninguna.

LITA: Porque mucha de la gente a la que he herido no tengo ni puta idea de dónde estará metida.

SILVIA: A través de este ejercicio pretendemos que vacíes, de forma física, todas esas culpas que llevas dentro y que ahora mismo significan un enorme lastre para ti. ¿Comprendes?

LITA: Ya. ¡Y qué mejor que escribirlo!

SILVIA: Así es. Escribir sobre lo que vivimos y sentimos siempre viene bien.

Silencio.

LITA: Mis padres deberían ser los primeros.

SILVIA: Muy bien. Entonces abre tu libreta y apunta sus nombres en el tope de la lista.

Lo hace.

Breve pausa.

SILVIA: ¿Quién más? ¿Quién crees que debiera ocupar el siguiente puesto?

Silencio.

LITA: ¿Y si la persona ya está muerta?

SILVIA: En este ejercicio es muy importante que incluso los muertos aparezcan; que no se quede nadie fuera.

LITA: Siendo así, el siguiente de la lista debería ser Krzysztof.

SILVIA: ¿Krzysztof? ¿Quién es Krzysztof?

LITA: Quizá el mejor amigo que haya tenido en la vida.

SILVIA: ¿Cuál es su historia? ¿Qué te pasó con él? ¿Por qué crees que debas pedirle perdón?

Silencio.

LITA: Lo abandoné.

SILVIA: ¿Lo abandonaste?

Pausa.

SILVIA: Precisaría más detalles para entenderte.

*Lita deja a un lado la libreta y se levanta.
Busca nerviosa el cartón de tabaco.
Prende un cigarro. Fuma.
Larga pausa.*

LITA: Entre 1969 y 1971 Krzysztof y yo vimos morir a varios de nuestros amigos a causa de sobredosis. Era la época en que la adicción a la heroína se había extendido por Alemania Federal y se había vuelto una epidemia. Sobre todo entre los jóvenes. Él y yo nos asustamos y decidimos dejarlo, pero nos negábamos a ingresar en un hospital o en una clínica de desintoxicación. Así que decidimos hacerlo por nuestra cuenta.

SILVIA: ¿Por vuestra cuenta?

LITA: ¿Has oído hablar de *cold turkey*?

SILVIA: Tengo entendido que se trata de un método muy poco ortodoxo de desintoxicación.

LITA: En aquella época era un método popular entre jóvenes pobres o que no querían que sus padres se enteraran de que eran adictos.

SILVIA: Entiendo.

LITA: Y como buena fans de Lennon que eres supongo que conoces la canción que él le dedicó al tema.

SILVIA: Conozco la canción.

Pausa.

LITA: Krzysztof y yo decidimos hacerlo en mi piso de Berlín. Seguimos al pie de la letra las indicaciones que nos habían dado y preparamos una habitación exclusivamente para pasar por el proceso. Sacamos todos aquellos objetos con los que pudiéramos hacernos daño mientras afrontábamos los síntomas del síndrome de abstinencia y dejamos sólo un colchón y un par de cubos de plástico.

SILVIA: Imagino que lo haríais en dos momentos distintos.

LITA: Claro. Acordamos que primero lo haría uno mientras que el otro velaría por él y luego intercambiaríamos roles.

SILVIA: ¿Quién lo hizo primero?

LITA: Lo echamos a suerte y me tocó a mí. Yo fui la primera en hacerlo.

SILVIA: Por lo que he leído era un proceso muy traumático; estresante y terriblemente doloroso.

LITA: Nosotros éramos conscientes de eso y desde luego estábamos acojonados. Pero también nos habían dicho que daba buenos resultados.

SILVIA: ¿Buenos resultados?

LITA: Varios amigos habían dejado la heroína gracias a él. Fueron ellos los que nos indicaron qué hacer y nos animaron a que lo hiciéramos.

SILVIA: Pero algo salió mal, ¿no?

Silencio.

LITA: Krzysztof se portó genial conmigo. Hizo lo que tenía que hacer. Aguantó mis gritos, llanto, insultos, súplicas y desestimó todas las promesas que le hacía

para que me dejara salir de aquel cuarto o me facilitara un poco de heroína que aliviara mis síntomas y me ayudara a sobrellevar el mono.

SILVIA: ¿Cuánto pasaste allí encerrada?

LITA: Tres días. Tres días en los que estuve sumergida en el peor de los infiernos posibles.

SILVIA: Me imagino.

LITA: Te prometo que quien se haya sometido a *cold turkey* te dirá que Lennon se queda corto en la descripción que hace del proceso en su canción.

SILVIA: ¿Y funcionó? ¿Consiguieron desengancharse?

LITA: Yo sí, pero mi amigo no. Él, después de haber sido testigo de todo cuanto yo había padecido en aquellos tres días, no se atrevió y declinó hacerlo.

SILVIA: Se acojonó y prefirió seguir enganchado a la heroína.

LITA: Y como tantos otros de nuestros amigos murió de una sobredosis meses más tarde.

SILVIA: ...

LITA: Me gustaría pedirle perdón a Krzysztof porque no puse el mismo empeño que puso él para que me desenganchara. Lamentablemente no insistí.

SILVIA: ¿Y no has tenido recaídas en todo este tiempo?

LITA: Hasta el día de hoy me he mantenido limpia. Totalmente limpia. Hasta el día de hoy no he consumido nada de drogas ni alcohol.

SILVIA: Lo dices con mucha seguridad.

LITA: No he consumido nada de drogas ni de alcohol desde aquel día que lo dejé. Y te confieso que no ha sido fácil, porque siempre hay algo en mi interior dándome zarpazos y luchando por salir. En ocasiones creo que no voy a poder contenerlo.

SILVIA: ...

LITA: Me da la sensación de que mi cabeza es un motor que ha trabajado en sobre marcha demasiado tiempo y que en cualquier momento va a explotar.

SILVIA: ¿Cómo has conseguido entonces mantener al margen "ese algo"? ¿Con la pintura?

LITA: La pintura ayuda. Y mucho. Sería imposible para mí vivir sin pintar. Pero a veces "ese algo" se hace más fuerte y ya ni la pintura puede contenerlo.

SILVIA: ¿Qué haces en momentos así?

LITA: Cuando estaba desesperada por encontrar un punto intermedio entre el suicidio y la locura me topé con las cuchillas.

SILVIA: ¿Las cuchillas?

LITA: Son las cuchillas las que me han traído hasta aquí.

SILVIA: Creía que había sido la depresión lo que te había traído hasta aquí.

Silencio.

LITA: Puede que suene contradictorio, pero a pesar de que con frecuencia me asquea y detesto la vida que llevo, y pese a que la idea ha pasado infinidad de veces por mi cabeza, en realidad nunca he atentado contra mi propia vida.

SILVIA: Tus padres piensan que sí.

LITA: Lo sé. Pero me creas o no nunca he tratado de suicidarme.

SILVIA: Explícate, por favor.

LITA: Hace algunos años vi un documental en la tele que hablaba sobre los cortes autoinflingidos en el Reino Unido. Varias personas que se lo practicaban decían que sabían que estaba mal pero que no podían evitarlo; sentían rabia, frustración, vergüenza y querían dejarlo aunque no podían. Era un tema del que ya había oído hablar, normalmente relacionado con chicas adolescentes, aunque ni se me había pasado por la cabeza intentarlo.

SILVIA: ¿Me estás diciendo que eres adicta a autolesionarte?

LITA: Así, de la forma más banal que puedas imaginarte, un buen día me pasé por la farmacia del barrio y compré un paquete de cinco cuchillas de afeitar y unas cuantas tiritas.

SILVIA: ...

LITA: Te preguntarás por qué hice una cosa tan estúpida e irresponsable, y te contesto, porque las autolesiones constituyen una droga de primer orden: brindan el subidón más efectivo, inmediato y eléctrico, comparable al que produce la heroína – inyectada, no fumada– y el crack.

SILVIA: Sin embargo, es algo que conlleva mucho peligro.

LITA: Únicamente para uno mismo. Es lo que tienen las autolesiones: no sólo te colocan, sino que también te permiten expresar el asco que te inspiran el mundo y tu propia persona; controlar el dolor, disfrutar del ritual, de las endorfinas, de esa violencia sórdida, bestial, ejercida contra uno mismo en privado, sin hacerle daño a ninguna otra persona. No obstante, en ocasiones, embriagado por los efectos que provocan en ti, pueden producirse errores de cálculo.

SILVIA: Similares a una sobredosis.

LITA: Más o menos.

SILVIA: ¿Quieres decir que tu intención no era suicidarte sino prolongar los efectos neurológicos de las autolesiones?

LITA: Y tuve un mal cálculo. Me asusté y pedí ayuda.

SILVIA: ¿Por qué no lo informaste en su momento?

LITA: ¿Qué crees que sea peor para una enferma mental como yo: que piensen que ha atentado contra su vida o por el contrario que la perciban como una puta yonqui de los cortes autoinflingidos?

11. *Free As A Bird*

SILVIA: "No nos destruyen los pecados que cometemos sino la manera de actuar después de haberlos cometido", dice un antiguo proverbio oriental. Durante quizá demasiado tiempo, consciente o no de ello, Lita había estado huyendo de sí misma y de su realidad. Creyó que escondiendo o negando su pasado, las terribles cosas que le habían sucedido cuando niña, le bastaría para continuar adelante con su vida. Tanto empeño había puesto en que nadie se acercara a su pasado que se aisló de las personas que la querían levantando en torno a sí una especie de muro compuesto de rabia, desprecio y adicción. Porque Lita era una adicta en potencia. No sólo se había enganchado a las drogas y el alcohol, sino que en determinadas etapas de su vida había sido además adicta al trabajo, al sexo y últimamente lo era a las autolesiones. (*Breve pausa.*) Semanas antes de abandonar la clínica me confesó que para ella era una gran ironía descubrir que había pasado casi toda su vida huyendo de las cosas que acabarían salvándola: la realidad, el amor, la verdad, la aceptación de quien era. Erróneamente había pensado que todo esto la mataría. Para una persona que padece una enfermedad mental no hay nada más aterrador que un sentimiento. Positivo o negativo, eso da igual. Los sentimientos tienen la capacidad de trastocar su mundo, de volverles la cabeza del revés sin que lleguen a atinar cómo enfrentarlos de forma razonable. (*Breve pausa.*) Días antes de marcharse me propuso que posara de nuevo para ella, que antes de irse le gustaría mucho hacerme un retrato y accedí gustosa.

12. *Don't Let me Down*

Improvisado taller de Lita Font en la Psychiatrische Klinik Münsterlingen.

Silvia posa para Lita mientras que esta trabaja en su retrato.

SILVIA: El dadaísmo, Hodler, Giacometti, Godard, Walser, Klee... Según lo que cuentas, pareciera que los suizos empezamos a tener alma para ti.

LITA: Me temo que aunque hayan nacido o pasado su infancia en este país, ni a Klee ni a Godard podrían considerárseles propiamente suizos. Klee era alemán y Godard es más francés que la crème brûlée.

SILVIA: ¿Ahora eres tú la que se detiene en esos detalles?

LITA: Por otro lado, reconozco que aprecio, admiro y respeto en gran medida a todos esos artistas que acabas de nombrar...

SILVIA: Has sido tú la primera en hacerlo.

LITA: Y desde luego considero el dadaísmo como el aporte más valioso que han hecho los suizos a la historia de la humanidad.

SILVIA: *(Irónica.)* El dadaísmo, la Guardia Suiza y la fondue.

LITA: Ah. Y te recuerdo que en esta sesión no estamos obligadas a hablar.

SILVIA: Siempre viene bien hablar.

LITA: ¡No te muevas!

Silencio.

SILVIA: ¿Te falta mucho?

LITA: Ten paciencia.

SILVIA: Me parece que esta vez estás demorando más que en la anterior ocasión.

LITA: Porque esta vez tu retrato está quedando mucho mejor que en la anterior ocasión.

SILVIA: A mí el otro me había gustado. ¡Y mucho! Es una lástima que lo hayas destruido. Te confieso que yo me hubiera quedado gustosa con él. Lo hubiera colgado encantada en el salón de mi casa.

LITA: Quizá este no te guste tanto como el otro, pero estoy segura de que en cambio te conmocionará.

SILVIA: ¿En serio?

LITA: Antes que ser fiel y reflejar el aspecto físico de la persona a la que retrato, ahora me interesa más acercarme a su interior, a su esencia.

SILVIA: ¡Guao! Eso suena profundo e interesante.

LITA: Lo es.

SILVIA: Imagino que asumir esta nueva perspectiva de acometer tu trabajo ha significado un gran reto para...

LITA: ¡No te muevas!

Silencio.

SILVIA: ¿Sabes? Después de lo que acabas de decir sobre cómo estás abordando mi retrato me has dejado enormemente intrigada. Quisiera verlo.

LITA: Todavía no está terminado.

SILVIA: Pero pudiéramos parar unos minutos para descansar y así aprovecho de echarle un vistazo.

LITA: No insistas. Aguanta otro poco.

SILVIA: Claro. Como no eres tú la que tienes que estar rígida como una estatua.

Silencio.

SILVIA: Cesare Pavase decía que no había arte sin obsesión. ¿Qué opinas tú al respecto?

LITA: No puedes quedarte en silencio ni un par de minutos, ¿verdad?

SILVIA: La verdad es que se me hace imposible estar en una habitación con otra persona y que ambas nos mantengamos calladas. Ya te lo he dicho antes, hablar siempre nos viene bien.

LITA: Para mí ese quizá sea uno de los grandes problemas de nuestro tiempo.

SILVIA: ¿El qué?

LITA: Que la gente no sepa quedarse callada.

SILVIA: ...

LITA: El silencio para muchos significa quedarse a solas consigo mismo, y al parecer, al común de la gente le aterra quedarse a solas consigo mismo.

Silencio.

SILVIA: Aún no me has contestado sobre lo que dijo...

LITA: Pavase estaba en lo cierto. Sin obsesión no hay arte.

Larga pausa.

SILVIA: Estoy cansada. ¿Podríamos descansar un rato?

LITA: No te muevas. Sólo otro poco más y acabaremos. Te lo prometo.

SILVIA: Vale.

Larga pausa.

LITA: ¡Listo! ¡He terminado!

SILVIA: ¿Lo dices en serio? ¿Puedo verlo entonces?

LITA: Venga. Acércate.

Silvia se levanta y camina hacia el lugar desde donde Lita ha estado trabajando en su retrato. Su rostro y cuerpo reflejan la gran excitación y expectación que la invade por dentro.

Sin embargo, cuando está frente al lienzo, la expresión de su rostro cambia por completo, de forma rotunda. Ahora se ve en él una mezcla de nostalgia, terror, dolor y sorpresa. Desea apartar la mirada de aquel retrato pero no puede, no puede evitar observarlo con fijación y detalle, como cuando de pronto una escena fortuita nos atrapa en la calle y por más que sepamos que tal vez no vaya a acabar bien para los involucrados, ni para nosotros, allí seguimos con los ojos puestos sobre ella casi sin pestañar y conteniendo la respiración. De repente, aturdida, Silvia da unos pasos hacia atrás, vacilante, se estremece, se tambalea, las piernas le fallan y por precaución decide sentarse en el suelo. Una vez allí rompe a llorar con la violencia y la contundencia de un estornudo.

13. *Happiness Is A Warm Gun*

SILVIA: Probablemente la mejor manera de proteger la felicidad consista en no darse cuenta de que existe. Como dice Lennon en *Strawberry Fields Forever: Living is easy with eyes closed*. (Breve pausa.) Yo me creía feliz. Tenía una vida con la que estaba satisfecha, o creía al menos estarlo, hasta que conocí a Lita. Aquel segundo retrato que me hizo fue como un gancho en la boca del estómago que me dejó sin aire y hecha polvo. Como ella misma me había advertido poco antes, me conmocionó, removió algo que había guardado dentro de mí y que tenía olvidado a conveniencia. Con frecuencia nuestra cabeza funciona así, aunque no es gratuito, a menudo debemos pagar un precio. Nietzsche decía que se puede vivir sin recordar, pero que no se puede vivir sin olvidar. Y para olvidar, desde luego, tenemos antes que recordar... (Breve pausa.) Todo ocurrió poco después de que padre me hiciera escuchar por vez primera a los Beatles. Se trató de un chico. Vecino y buen amigo de casa. Se llamaba Peter Baumann. Era guapo. Alto, delgado, rubio y guapo. Y mucho mayor que yo. Tenía diecinueve años y pronto se marcharía a estudiar a la universidad. ¡Me enamoré de él como las niñas de once suelen enamorarse de chicos muchos mayores que ellas! (Breve pausa.) Me pediste que guardara el secreto y eso hice, Peter Baumann, hasta el día en que Lita me retrató por segunda vez. Ahora no puedo quedarme callada porque ahora sé que nada de cuanto me hiciste fue inofensivo, divertido o cariñoso. Me llevó mucho tiempo comprender que no era así a pesar de lo que dijiste. Ahora entiendo que lo que me hiciste no fue más que una aberrante y obscena violación de la inocencia, de la confianza y del amor y la admiración que sentía por ti... (Breve pausa.) Pese a que me ayudó a asomarme a una parte de mí en la que debía volver a mirar, no le pedí a Lita que me regalara aquel segundo retrato. Muy a mi pesar no hubiera podido colgarlo en el salón de mi casa como había pensado en hacer con el primero. ¡Ni en ninguna otra parte! (Breve pausa.) Al abandonar la *Psychiatrische Klinik Münsterlingen* Lita entró en una espiral creativa que la mantuvo recluida en su piso-taller de Berlín Occidental durante meses. De allí extrajo material suficiente

para lo que, un par de años después, iba a convertirse en la primera muestra individual de su carrera. Se realizaría en una prestigiosa galería del centro de Berlín. A mí me hizo llegar una invitación a través de su agente. Estuve varios días evaluando si debía o no asistir. A la vez que me apetecía mucho ir, reencontrarme con Lita tras más de dos años sin tener contacto directo con ella, sentía miedo de lo que me podría encontrar en aquella exposición. No obstante, al final se impuso mi pragmatismo y decidí viajar a Berlín. (*Breve pausa.*) La galería en la que se exponían sus cuadros estaba a reventar. Por lo que supe más tarde, en aquel día inaugural asistieron periodistas de prestigio, importantes críticos de arte y renombrados coleccionistas y, por supuesto, gente del círculo social de Lita. Hasta sus padres estaban allí. Como al resto de los asistentes a mí sus pinturas me encantaron. Tenían el porte, la fuerza y la expresividad de la obra de un artista consagrado. La mayoría de cuadros eran de gran formato y en ellos, tanto el trazo como el color, estallaban de una manera desmesurada y sobria al mismo tiempo. Se trataban de pinturas figurativas y abstractas. Por cierto, había un número no despreciable de retratos del estilo que me había hecho a mí. Me refiero al segundo retrato... Por suerte, comprobé con alivio que el mío no estaba expuesto. Pero hubo un cuadro en particular que me llamó poderosamente la atención. Se titulaba *Münsterlingen en otoño*. Sus matices entre verdes, rojos y ocre, y la textura que en él había conseguido Lita, me enamoraron enseguida. Era uno de los pocos cuadros de mediano formato que había en la exposición. Si mis finanzas me lo hubieran permitido, juro que lo hubiera apartado allí mismo para comprarlo. (*Breve pausa.*) En cuanto a Lita, estuvo todo el rato rodeada de gente y preferí no molestarla. Sin embargo, mientras observaba por enésima vez *Münsterlingen en otoño*, sentí que alguien ponía su mano en mi hombro y al volverme me di cuenta, con cierto sobresalto, de que era ella. De cerca se veía aún más atractiva y radiante.

LITA: ¿Te gusta?

SILVIA: ¡Me encanta! Si pudiera permitírmelo me lo llevaría ahora mismo conmigo. Con gusto lo colgaría en el salón de mi casa.

Ambas sonríen con timidez.

LITA: ¿Cómo has estado?

SILVIA: Bien, bien. ¿Y tú? (*Corrigiéndose.*) ¡Uf! ¡Perdona!
¡Qué tonta! Cómo vas a estar en el día inaugural de la primera muestra individual de tu carrera... Si hasta se nota en tu cara, en tu pelo, en tu cuerpo... Estás... Perdona. ¡Qué tonta!

LITA: No pasa nada.

SILVIA: Ah. ¡Y enhorabuena!

LITA: Gracias.

SILVIA: Perdóname. Es que estoy... ¿Sabes? Bastante emocionada y un poco nerviosa.

Silencio.

LITA: Me contenta que estés aquí. Significa mucho para mí que hayas venido. De verdad. Muchas gracias.

SILVIA: Me estrechó la mano y se despidió. Eso fue todo. Enseguida la vi unirse a un grupo que la solicitaba con apremio. Poco después yo abandonaría la galería igual de emocionada y nerviosa pero algo mareada por el champán que había consumido. (*Breve pausa.*) Al día siguiente retorné a mi vida rutinaria y sin demasiados sobresaltos de siempre, entre el trabajo en la clínica y algunos encuentros esporádicos con amigos, esquivando como podía las reiteradas invitaciones de mis padres a que fuera a visitarlos a nuestra casa de Basilea. "¿Y por qué no os venís vosotros a Winterthur?", les respondía. (*Breve pausa.*) Semanas más tarde de mi viaje a Berlín llegó a mi despacho un paquete procedente de esa ciudad. Lo enviaba la agente de Lita. En su interior descubrí, impactada, al borde de un ataque de llanto y euforia, *Münsterlingen en otoño*, el cuadro que estuve viendo todo el rato durante la individual de Lita y del que había quedado prendada tan pronto me percaté de que colgaba de una de las paredes de la galería. Aunque no era lo único. También en el paquete venía una carta escrita de puño y letra de Lita. La abrí y leí:

Querida Silvia:

Como muestra de agradecimiento he querido enviarte este cuadro que sé que fue de los que más te han gustado de la exposición. Te confieso que es uno de los que pinté durante mis últimas semanas en la Psychiatrische Klinik Münsterlingen y, como debes haberte dado cuenta, forma parte de un grupo de pinturas, de grande y mediano formato, en el que he estado trabajando desde entonces.

Tu retrato, aquel que tanto te perturbó, me ha servido además de punto de partida de una serie de retratos que —supongo que te habrás percatado de ello— estaban presentes en la galería. No quise incluir el tuyo en la muestra. Ese he preferido mantenerlo colgado en un lugar especial de mi casa.

La nueva etapa que atravieso en mi vida se debe en gran medida al esfuerzo y dedicación que pusiste en mi recuperación. De un modo u otro conseguiste que conectara con el yo que existía antes de que mi tío me pusiera las manos encima; me di cuenta de que yo no era una persona mala ni tóxica, empecé a permitirme arreglar las cosas, a perdonar y perdonarme y aceptarlo todo por primera vez.

El dolor tiene un prestigio que no merece. Te lo digo yo que estuve revolcándome en él durante quizá demasiado tiempo. Espero que tú lo entiendas también así.

Tuya siempre,

Lita Font

SILVIA: Releí aquella carta en varias oportunidades. Una y otra vez, una y otra vez, y aún hoy, de tanto en tanto, vuelvo a ella sin poder evitar que en determinados momentos se me haga un nudo en la garganta. (Breve pausa.) Días después de recibir aquel paquete, Lita se vio envuelta en un aparatoso accidente mientras viajaba en su coche a Boltenhagen. En una carretera secundaria, un turismo que venía en sentido contrario invadió su carril y la impactó de frente. Los sanitarios dijeron que todos los involucrados murieron en el acto, ella y los dos ocupantes del turismo con el que chocó. (Breve pausa.) Supongo que sentiría

nostalgia del mar, del sonido del mar, ese que tanta falta le hacía escuchar de cuando en cuando y se dirigía rumbo a su encuentro. (*Breve pausa.*) En cuanto a mí, poco después de enterarme de la muerte de Lita, me llené de valor y decidí por fin ir a visitar a mis padres en su casa de Basilea. Decidí que mi pasado no iba a seguir condicionando mi presente. Y es que en aquel lapso que transcurrió entre el alta de Lita y su muerte, comprendí muchas cosas. Comprendí que mi propensión a la limpieza y el orden, a querer tener el control de todo cuanto me rodeaba, mi dedicación desmedida por el trabajo y hasta mi incapacidad de dejar que una frase de un texto que redactaba ocupara menos de la mitad de una línea no eran más que trastornos obsesivos compulsivos, tal vez menos severos y preocupantes que los de Lita, pero a los cuales debía prestarle atención. Comprendí que en el fondo no visitaba a mis padres por temor a toparme frente a frente con Peter Baumann. (*Breve pausa.*) No soy del tipo de persona que anda siempre sacando lecciones de cuanto vive o le acontece, pero de mi experiencia con Lita Font he aprendido que para encontrarnos a nosotros mismos a veces es indispensable buscarnos en los demás. Y esto es todo. Hasta aquí llego. Será lo último que os diga.

FIN